

ARTISTAS TRANSTERRADAS: JULIA GIMÉNEZ CACHO*

Yolanda Guasch Mari^{***}

Resumen

El incremento de la movilidad de personas e ideas y la generación de patrones culturales híbridos, resultantes de la coexistencia y el diálogo de múltiples comunidades, constituye una de las notas predominantes y positivas del siglo XX, debido, desgraciadamente, a determinados acontecimientos históricos que vivió Europa: dos guerras mundiales y, en el caso de España, la Guerra Civil.

Con esta comunicación queremos acercarnos al exilio producido por la contienda española, analizando el paisaje visual resultante del desplazamiento de uno de los grupos sociales menos estudiados como es el de las mujeres artistas transterradas en México. De hecho, fueron muchos los artistas e intelectuales que llegaron al país mexicano, después de que se iniciara la Segunda Guerra Mundial en Europa, destacando dentro de este colectivo, tanto cuantitativa como cualitativamente, mujeres creadoras que encontraron en México un nuevo horizonte cultural, lo que les lleva a reevaluar sus imaginarios identitarios de partida y a confrontar el entorno en el que se insertan.

Esta comunicación confronta la realidad cultural resultante de los intercambios generados entre las mujeres artistas exiliadas y el contexto cultural mexicano que se encuentran al llegar, así como la representatividad de las artistas mexicanas en el arte, trascendiendo el análisis aislado con respecto al espacio de acogida que a menudo reciben los fenómenos culturales ligados a proceso migratorios.

Palabras clave

Exilio Artístico, México, Mujeres, Pintoras, Julia Giménez Cacho.

* Este trabajo se inscribe dentro del proyecto de investigación “Diccionario Biográfico Ilustrado de Artistas Mujeres en México siglos XIX y XX”, dirigido por la Dra. Elisa García-Barragán Martínez, investigadora del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM. Fue posible realizarlo gracias al disfrute de la beca “Genaro Estrada” para expertos mexicanistas, concedida por la Secretaría de Relaciones Exteriores, del gobierno de México.

** Universidad de Granada.

En el marco del 75 Aniversario de la Guerra Civil española, y pese a los grandes avances, todavía continúan siendo pocos los trabajos relativos a este capítulo tan importante de nuestra historia reciente. En este sentido, son todavía necesarias las investigaciones centradas en recuperar la historia relacionada con el exilio español. Y así se están haciendo gracias a los congresos, las publicaciones, las conmemoraciones, que han logrado promover el interés por esa parte de nuestro legado que quedó sepultado bajo el franquismo y silenciado con el inicio de la Democracia.

No obstante, todavía hay mucho trabajo por hacer. En un intento de reconstruir y de sacar a la luz nuevas aportaciones, este trabajo ahonda en el estudio de las mujeres artistas exiliadas en México, profundizando en el caso particular de la pintora Julia Giménez Cacho, enfrentándonos así a dos grandes retos: poner en conocimiento los nombres de todas estas creadoras que desarrollaron su actividad fuera de nuestro país y, por ende, han sido olvidadas en los trabajos de historia del arte que sobre el periodo se han realizado y, por otro, dar a conocer las trayectorias artísticas de estas creadoras, que por su condición de mujer y de exiliadas han permanecido olvidadas tanto en nuestro país, como en los territorios donde fueron acogidas.

Dadas las distintas y extensas geografías que ampararon a los exiliados, esta investigación se centra exclusivamente en el territorio mexicano, país conocido por ser el que más refugiados acogió y donde encontramos un nutrido grupo de artistas, destacando la gran presencia de mujeres. Fémimas que tuvieron que luchar con las propias circunstancias históricas de nuestro pasado, que durante mucho tiempo condicionó su presencia en la actividad artística debido a los roles que se les habían asignado, ligados principalmente al ámbito doméstico, la maternidad o actividades marginales. A estos condicionantes debemos unir el propio olvido caprichoso e injustificado de la historiografía que ha enterrado la brillante creación de numerosas artistas. A pesar de eso, como indica Pilar Muñoz, muchas mujeres participaron en ocupaciones para las que estaban vedadas, y casi siempre de manera oculta.¹ En este sentido y centrándonos en el campo de las artes plásticas, poco a poco muchos nombres de mujeres artistas van emergiendo de la oscuridad.

Durante el siglo XX, las primeras décadas estuvieron dominadas por las condiciones imperantes en el siglo XIX, donde pese a los movimien-

¹ Pilar Muñoz López, "Mujeres españolas en las artes plásticas", en *Arte, Individuo y Sociedad*, vol. 21, 2009, p. 75.

tos de reivindicación de las mujeres y del sufragio universal, la actividad y formación artística femenina se limita únicamente a las clases más elevadas socialmente. Sin embargo, el surgimiento de las Exposiciones de Bellas Artes a mitad del siglo XIX, permite el reconocimiento oficial a través de los premios y honores que les otorgan, aunque se le sigue considerando “pintoras de afición”, como rezan en los catálogos de las mismas.

El panorama cultural para las mujeres variará a partir de la década de los veinte y treinta, sobre todo con la proclamación de la Segunda República, momento en el se obtuvieron mejoras legislativas, laborales y educativas, (concesión del voto, ley de divorcio), además de un desarrollo brillante de la cultura gracias también a mujeres que son fundamentales para entender la vanguardia, destacando nombres como Maruja Mallo, Ángeles Santos o Remedios Varo.

Durante el conflicto, la presencia de las mujeres en la esfera pública se diversificó y se intensificó, quedando todo el desarrollo mutilado con el estallido de la Guerra Civil y la necesidad de exiliarse, fundamentalmente a México, país que más transterrados recepcionó, y, por ende, al que más artistas llegaron y donde podemos destacar un amplio número de mujeres. Esta nueva situación modificará las circunstancias de algunas creadoras, determinando en muchos casos el final de sus trayectorias artísticas como será el caso de la valenciana Elisa Piqueras. Las necesidades económicas primarán por encima de las voluntades creadoras. Asimismo, pese a que ambos países en el plano político-social viven un momento parecido, en el panorama artístico vivirán tiempos diferentes.

De hecho en México a raíz de la Revolución mexicana, y sobre todo a partir de la segunda década del siglo XX, surgirá la llamada Escuela Mexicana de Pintura, cuyo máximo exponente será el muralismo. Un muralismo que a la vez estuvo representado casi en exclusividad por hombres, ya que de las mujeres que incursionaron en él, muy pocas pasaron de la colectividad o la obra colectiva a la obra individual² y casi siempre aparecen como colaboradoras o ayudantes. No obstante, investigaciones recientes arrojan luz sobre la actividad de mujeres en el muralismo destacando nombres que no han tenido aún el reconocimiento merecido.

En cualquier caso, tanto pintoras locales como extranjeras lograron empezar a desarrollar una carrera como artistas, paralelamente o

² Ana Lilia Dávila Jiménez, “¿Por qué las mujeres no se subieron a los andamios?”, en *Crónicas*, núm. 13, p. 70.

dentro de la Escuela Mexicana de Pintura, destacando en las primeras décadas del siglo XX nombres como Frida Khalo, María Izquierdo, Angelina Beloff, Rosa Rolanda, Lola Cueto o Olga Costa.

Los artistas exiliados, mujeres y hombres, que llegaron tras la Guerra Civil tuvieron que adaptarse a este contexto cultural, someramente explicado, del que ahora formarían parte.³ En líneas generales vamos a ver cómo la mayoría se dedican al diseño gráfico y la ilustración, campo en el que habían experimentado y avanzado de manera decisiva, sobre todo, durante el periodo bélico y donde en México lograron posicionarse y convertirse en los referentes del momento. Otros, aunque menos, se dedicaron a la realización de murales, debido como ya hemos señalado al dominio del muralismo en el panorama oficial, en el que no obstante los españoles no tenían experiencia. En este sentido podemos destacar a Elvira Gascón muy conocida, sobre todo, como ilustradora; Mary Martín, quien de 1954 a 1966, sería miembro del Taller de Gráfica Popular y trabajó como muralista al lado de Diego Rivera o Regina Raul, quien realizó en el Museo Nacional de Antropología el mural “La educación del niño en la época mexicana”.

De entre las creadoras que llegaron siendo artistas ya en España, podemos destacar a Manuela Ballester, Juana Francisca Rubio, Soledad Martínez, Elvira Gascón, Remedios Varo, Margarita de Frau o Elisa Piqueras. En cuanto a artistas de segunda generación podemos destacar a Josefina Ballester, Rosa Ballester, Mary Martín, Lucinda Urrusti, Marta Palau, Regina Raul, formadas todas en el país mexicano bajo la maestría de artistas exiliados o locales. Aunque, en líneas generales lo tuvieron más fácil, su origen español condiciona muchas veces su inclusión en obras sobre el arte contemporáneo de México.

A todas ellas hay que unir el nombre de dos artistas que llegaron años más tarde, como María Teresa Toral Peñaranda, quien llega en 1956, al terminar su cautiverio en distintas cárceles. Situación similar vive la pintora Julia Giménez Cacho, quien después de una intensa vida dedicada a su familia se iniciará en la pintura. Ambas, aunque llegan tarde a la creación artística, forman parte de la primera generación, aquellas que vivieron la guerra en primera persona y se comprometieron con ella.

Centrándonos en Julia Giménez Cacho, cuyo nombre original era Julia García Casado, nació en Madrid en 1921. De familia de clase media, republicana, su infancia estuvo marcada por una inusual li-

³ Patricia Quijano Ferrer, “Evolución histórica de la mujer en el arte público en México”, en *Crónicas*, núm. 13, p. 122.

bertad que le permitió vincularse al mundo intelectual, especialmente a través de su afición a la lectura.

Durante la Guerra Civil, en 1938, conoce a Luis Giménez Cacho, de quien más tarde tomaría el apellido. De clase social más pudiente, Luis también manifestó su apoyo a la República, a través de actuaciones visibles con su participación en el grupo teatral “La Barraca”. Aunque esta actividad dejó de funcionar en 1938, fue a través del teatro como Julia y Luis se conocieron, en el Instituto Obrero donde Julia realizaba sus estudios de bachillerato. Pero “su relación” empezó con el final de la guerra, con el sonido perpetuo de tiros, bombas y sobre todo, hambre.

Sobrevivieron al conflicto, y permanecieron en España pese que ambas familias habían participado de manera activa con la República. Julia estudió taquígrafa y mecanografía, trabajó como oficinista y modista. Luis estudió la carrera de Ingeniero en telecomunicaciones por imposición de su padre. A la par impartió clases particulares, trabajó en una pequeña empresa de cine sonoro y, finalizados los estudios, en la Dirección General de Protección de Vuelo en Otero del Rey, cerca de Lugo. Junto a Julia frecuentaron el Ateneo de Madrid.

A mediados de 1947, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, convocó becas para los Estados Unidos. Ambos vieron la oportunidad de salir de la asfixiante España. La beca le fue concedida. Aunque la salida no fue fácil, después de casarse y lograr solventar diversos escollos burocráticos, a finales de 1947 emprendieron el rumbo hacia Estados Unidos.⁴

La estancia duraría escasamente tres años, desde 1947 a 1950. Durante ese tiempo Julia se dedicó a distintas tareas, vivieron en varias ciudades e hicieron nuevos amigos, entre los que se encontraban un número importante de exiliados. A principios de 1949, Luis terminó sus estudios y la tesis de maestría, recibiendo meses después una oferta de trabajo de la mano de la firma M. Castellví Inc., para abrir oficina en México, abandonando así los estudios de doctorado⁵ y trasladándose a principios de 1950, al nuevo país. Meses más tarde lo haría Julia y ese mismo año nació su primer hijo Luis Emilio. Le siguieron cinco más: Julieta, Jimena, Carmen, Marisa y Daniel.

Su vida en México fue próspera, sobre todo en el plano profesional, donde Luis logró posicionarse en la industria mexicana a través de distintas empresas en las que se desempeñó como ingeniero (Indus-

⁴ Luis Giménez Cacho, *Dos vidas. Memorias de Luis Giménez Cacho*, texto inédito, pp. 22-32.

⁵ *Ibid.*, pp. 95-101.

tria Eléctrica de México, Aceros Ecatepec...etc) así como otras que él mismo puso en marcha.

En 1953, volverán por primera vez a España. A este primer viaje le seguirían muchos más. De hecho en 1960, el agotamiento profesional de Luis y una situación económica desahogada, les permitió regresar a España en calidad de turistas y para una larga estancia. En este viaje, en mayo de 1961, nacería en Madrid el hijo menor Daniel. Pocos meses después regresarían a México.

En la década de los sesenta tuvieron una fase espiritual, acercándose a la iglesia a través de los Cursillos de Cristiandad, que les llevó a ser dirigentes del mismo y a viajar por distintos países de América Latina y de Europa. La etapa que finalizó con el abandono en 1968, supuso un importante cambio para ambos.

Y así fue, como después de años dedicada a su familia y a sus hijos, con una vida profesional y familiar consolidada en 1974, se dio de forma casual lo que siempre había esperado, la pintura. A través de su contacto con su amiga y pintora Elvira Gascón, con quien llevaba a sus hijas a clases de esmalte en la Casa del Lago. Será la hija de la madrileña, Guadalupe Fernández Gascón, quien descubra un pequeño dibujo pintado por Julia Giménez, escondido tras un montón de papeles, que no dudó en enseñar a su madre y hacer sobre él valoraciones positivas.

Este pequeño elogio sirvió para cultivar y despertar en Julia su interés por la pintura, si bien su gusto por el arte lo había manifestado muchos antes a través del coleccionismo de obras. Empezó una etapa de exploración autodidacta, alejada de las academias. Encerrada en secreto, en la habitación o en el baño donde la nadie la veía pintar. Pintaba flores, mesitas, mercaditos...⁶

Más tarde, asistió a sus primeras clases con la artista Marcela Villaseñor, en la misma Casa del Lago. Abordó primero el dibujo y, a continuación, probó con el color.⁷ Apoyada sobre todo por sus hijos, empezó a asistir también a clases de diseño gráfico. Un año después, en 1976, por iniciativa de Mercedes Iturbide, por entonces directora del Salón de la Plástica Mexicana, se presentó al certamen "Nuevos valores 1976". La mención honorífica recibida fue el inicio de su proyección pública que duraría hasta el fin de sus días.

⁶ Myriam Moscona, "El sentido lúdico de la vida. Entrevista con Julia Giménez Cacho", en *La Jornada Semanal*, 11 de noviembre, 1990, p. 16.

⁷ Tununa Mercado, "Julia Giménez Cacho", en *Vogue*, núm. 15, p. 108.

El reconocimiento le proporcionó la seguridad suficiente para confiar en ella y su pintura. La falta de formación, que entonces ya creyó necesaria y alentada por Raquel Tibol, le llevó a establecer amistad y relación con Gilberto Aceves Navarro en 1977, que la invitó a participar en una colectiva de sus alumnos, aunque ella aún no lo era. Un año después, en 1978, tomaría sus primeras clases, asistiendo al taller del grabado del Molino de Santo Domingo junto al maestro José “Lazcarro”. Este año tendría lugar su primera muestra individual promovida por Esther Echeverría en su Galería San Ángel, donde sería de nuevo invitada para participar en otra colectiva ese mismo año realizando tres individuales más en 1979, 1980 y 1996. Entre 1979 y 1980, asistirá al taller de dibujo de Aceves Navarro, en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de San Carlos y a su taller particular. Concluyendo su fase de formación con los estudios de escultura y cerámica con Gerda Gruber, en la Escuela Nacional de San Carlos, en 1980. A partir de los años noventa se instalará en Cuernavaca, asistiendo al taller de dibujo de figura humana del maestro Jacobo Alejo.

Estuvo presente en numerosas colectivas presentadas en distintas instituciones de la Ciudad de México, como la exposición-homenaje, realizada en el Museo de San Carlos sobre la emigración española (1979); con el grupo de Aceves Navarro, “Taller Aceves Navarro. 10 años, 13 pintores”, en el Auditorio Nacional (1980); “Tres artistas en Centro Cultural José Guadalupe Posadas”, en la Galería Chapultepec (1984); en el Centro Cultural Los Talleres (1986), por citar algunas. En 1989, participó en la exposición colectiva “50 Aniversario del Exilio Español (1939-1989)”, patrocinada por el Ateneo Español y realizada en Museo de San Carlos, lo que nos indica la idea de pertenencia y relación con el exilio republicano.

Dentro del elenco de muestras en las que participó destacan principalmente las que realizó de manera individual. A las ya mencionadas en la Galería San Ángel, le siguieron otras en distintas instituciones de la capital, siendo una de las más importantes la realizada en 1981 con el título “Mujeres”, y con más de cien telas entre óleos, dibujos y grabados. La muestra fue dedicada a Alaíde Foppa, a quien le volvería a rendir homenaje un año después, ya fallecida, en la Galería Sloane Racotta. Sólo seis años habían pasado desde que Julia se revelara como artista, presentándonos en esta muestra su temática más representativa y preocupación central en su obra. Mujeres, solo mujeres, solitarias o acompañadas, cargadoras de flores o pequeños animales o de niños, en diálogo o silenciosas, sosegadas, con rostros reveladores de inquietudes e intereses. Crecidas cabelleras negras, ojos almen-

drados y cuerpos matizados por grandes proporciones de manchas de colores. Manchas perceptibles en sus monotipos y la línea en sus dibujos. Un universo fantástico rodeando la figura de una atmósfera de ensueño, aunque sin mensajes aparentes.⁸

A ella le siguió la realizada en el Ateneo Español en agosto del mismo año, donde presentó grabados y acrílicos. En 1982 destaca la muestra homenaje a Alaíde Foppa, realizada en la Galería Sloane Raccotta y otra en el Centro Cultural de la SHCP. En 1983, estuvo presente en la Galería Los Talleres A.C., en Coyoacán; en 1986 en Rafael Matos Galería de Arte, en 1986, en la Rafael Martos, Galería de Arte. En 1991, bajo el título “Las mujeres son otras”, expuso en la Galería Kin. En 1996 lo hizo en la Galería El Ángel y en la Galería Arte de San Ángel, en 1998. Su presencia se extendería a distintos estados del país mexicano como San Miguel de Allende (1977), Jalisco (1980) o Toluca (1984).

Desde las primeras obras, se presenta la figura humana, punto de partida de la artista y de la que no puede prescindir, mujeres y hombres, y alrededor su universo. Un mundo que evoca lo mexicano pero también lo español. Espontánea, libre y creativa incluso “primitiva”, lejos de tendencias plásticas o escuelas, su espíritu joven le permitió atreverse con todo y probar con distintas técnicas como el grabado, el óleo, el dibujo, las tintas mixtas. Mujer de temperamento, llegó a poseer un gran dominio técnico, gracias a su empeño por hallar su propio lenguaje a fuerza de dibujar y pintar cualquier tipo de manifestación, hasta lograr descubrir su correcta expresión, lo que le imprimió una personalidad única, un lenguaje nostálgico, una pintura llena de sugerencias, evocaciones, una madurez artística que logró descubrir precozmente en su segunda muestra individual (1979), a partir de la cual la presencia de mujeres, su tema, se hizo presente y permanente.

Sus damas, sus jóvenes, sus madres, sus niñas, sus viudas, sus amas de casa, su pintura se transformó en ella misma. A través de las mujeres misteriosas, sorpresivas, indefensas, inmóviles, perpetuas, fantasmas, alegres o ingenuas, de luto o de fiesta, camino a la muerte, logró interpretar el mundo de otra manera y mostrar “las distintas capas de misterio, soledad y deseo que constituyen la condición femenina”.⁹ No llegó a pertenecer a ningún grupo feminista, pero si se sintió identificada y comprometida con la lucha de reconocimiento del papel de la mujer en la sociedad.

⁸ *Pasaporte 2000*, núm. 16, marzo de 1981, p. 13.

⁹ “RM en la joven pintura mexicana. Julia Giménez Cacho”, en *Revista RM*, vol. XIV, núm. 6, p. 69.

Con ellas y su pintura, aprendió a hablar, a manifestar la percepción de su universo interior pero también exterior y siempre desde la emotividad. Su trabajo siempre fue fresco, espontáneo y auténtico. Sin reflexionarlo, sus mujeres fueron fluyendo, intuición pura, las mujeres siempre salían, indefinidamente volvían, sin embargo nunca tuvo explicación para ellas, donde tuvo mucha influencia su propia experiencia como ama de casa, su madre a quien recordaba como la fuerte de la familia, la que se preocupaba por los hijos por la casa...

A la sazón de la pintura, su condición de mujer tradicional, se transformó en muchas otras mujeres, o una sola multiplicada, con cuerpos inmóviles o retraídos, distantes o cómplices, cerca del encuentro o de la salvación, en espera, con ojos inquietantes, rostros apenas insinuantes, llamando o gritando, testigos de una historia, de su historia, aprendiendo a valorarse y a valorarlas como ella misma sentenciaba “[...] al descubrirme como pintora, descubrí a las mujeres y las posibilidades que ellas tienen”¹⁰ justificando asimismo la ausencia en su obra del hombre por la falta de apoyo a las mujeres en sus deseos “tal vez por esto es por lo que no aparecen los hombres en mis cuadros, porque aún no se siente un apoyo total de parte de ellos”.¹¹

Y así fue como a través de sus lienzos empezó a explorarlas y con el conocimiento de la técnica y la necesidad de crecer, sus mujeres también evolucionaron. Dentro de la primera etapa las observamos más incautas, más melancólicas, menos subversivas.

Desde finales de los años ochenta, su pintura se volvió más violenta, con trazos duros, rebeldes, sus rostros se envejecieron, sus cuerpos perdieron sus límites, la dulzura melancólica se transformó en un misterio inquietante, acentuando la influencia del expresionismo alemán, pero sin olvidar la tradición española a través de Goya. Por ello, su obra aunque parezca monótona, siempre estuvo en continuo cambio. Ella misma insistía “hay quien dice que la obsesión es la que hace a los artistas”,¹² razonando el por qué de su obstinación, que no fue más que una continua reivindicación de la figura femenina y esa necesidad inconsciente de representar como era ella antes de la pintura y su reafirmación de mujer y de artista.

Incansable Julia, sus mujeres siguieron desplegándose hasta difuminar sus contornos y convertirlas casi en abstractas. Así realizó las últimas obras, un salto cualitativo y evolutivo hacia pincelas todavía

¹⁰ Mercedes García Ocejo, “A propósito de...Julia Giménez Cacho y la valoración de la Mujer”, en *Novedades*, 19 de marzo, 1982.

¹¹ *Ibid.*

¹² Luis Enrique Ramírez, *El Financiero*, 11 de septiembre, 1991, p. 55.

más libres, con ausencia de líneas, de contornos, con menos detalles y más sugerencias.

Pero sus mujeres no están solas, aunque se encuentren espiritualmente solitarias, aparecen los paisajes, gallos, pájaros, flores, alejados de la representación febril y realista para acercarse a la existencia aparente, sugerida o misteriosa, explosión de color que a veces ahoga, a veces mengua o hace noble a sus mujeres.

Destacó también su obra por el dominio del color, por el que manifestó tener un sentido innato. Le encantaba el negro, porque aseguraba que en el negro estaba España y el colorido en México. El negro le recordaba a las mujeres de España, sobre todo de pueblo, que iban ataviadas de negro de arriba abajo, y en homenaje a ellas realizó la muestra en la galería Los Talleres, bajo el título “Las de mi pueblo” (1983). En cuanto al rojo, lo identificaba con la sangre, con los toros; le fascinaba el morado y el verde, aunque en sus mujeres podían aparecer todos.

A través de Luz del Amo, Directora del Instituto de México en España, se le propuso a Julia en el año 2000, realizar en Madrid, la que se convertiría en su última exposición individual y la primera sin la pintora, titulada “Siempre mujeres”. Era una de sus máximas ilusiones exponer en su Madrid, volver a su tierra convertida en artista de reputación y éxito. Su último cuadro le sorprendió por la oscuridad de los colores. Su paleta se apagó y con ella se fue Julia. Sólo llegaron sus pinturas. El 1º de julio, un ataque al corazón la paralizó y aunque quiso sobrevivir, no tuvo más tiempo que para despedirse de aquellos a los que entregó su vida: su familia. Falleció el 5 de julio en la Ciudad de México, convirtiéndose la exposición en su ciudad natal en homenaje.

Nunca buscó el éxito como artista, pero si el reconocimiento ecuánime a su obra. Pintó mucho y velozmente, aunque muchas veces creyó que sus obras no estaban suficientemente elaboradas. Exploró los caminos del arte, con el entusiasmo y la energía que siempre le caracterizaron, hasta encontrar el suyo sin saber nunca si aún faltaba alguna etapa más, si todavía estaba empezando o su obra era ya una síntesis de su vida.

Consiguió el triunfo que nunca buscó y su mayor victoria siempre fue ser ella misma, Julia García Casado. Su obra contuvo sus búsquedas, sus anhelos, sus logros, sus pensamientos, sus dudas, sus sentimientos y en definitiva su esencia. Desde sus 50 años pudo ser madre, esposa y pintora a la vez. Cumplió con todo, con todos y con ella misma. Su talento permanece visible en sus hijos quienes en sus

distintas disciplinas artísticas dilatan el legado de su madre. También, su memoria ha quedado relatada a través del libro “Dos vidas. Memorias de Luis Giménez Cacho” que escribió su marido a su muerte. Por eso hoy, Julia Giménez Cacho sigue en sus lienzos, ha permanecido y ha persistido como sus mujeres o mejor dicho nuestras mujeres, pues siempre nos pertenecieron a todas.